

Platón, donde robosaban las mieles bíblicas de todos los pensamientos divinos; profecías murmuradas por los profetas en los oídos del pueblo de Israel bajo los sauces de Babilonia en las orillas del Eufrates; rayos rotos de las theurgias múltiples perdidas en los recodos más oscuros de la memoria humana; restos de tradiciones; viajes por Marco Polo dictados; embajadas al gran Mogol desde Castilla y desde Venecia; referencias dichas por pilotos que parecían venidos de un mundo sobrenatural; ejemplares de flores extrañas flotantes alguna vez sobre las aguas oceánicas occidentales; reminiscencias islandesas y escandinavas de una expedición casi fantástica y de un mundo casi mitológico; todo esto iba Colón recogiendo en su peregrinación por el hipnotizado Portugal, y condensándolo, hasta formar un mundo ideal en el cielo de la idea interior antes de que apareciera el mundo real en lo infinito del mar Océano, vencedor de aquel otro tenebroso, conjurado y desvanecido por nuestro sublime profeta. Y amén de todo esto, la navegación lusitana iba llegando á un punto de perfección por las aplicaciones del astrolabio al arte de marear y por el perfeccionamiento de la brújula, que los buques costeros se trocaban en buques veleros, y discurrían por el mar inmenso más sujeto al hombre y por el cielo más esclarecido al espléndido luminar de las ideas, en derroteros, cuyas estelas iban desvaneciendo las viejas supersticiones y cuyos cálculos revelando á la Humanidad el planeta.

Lo cierto es que, llegado Colón á la monarquía portuguesa, entraba en punto, donde vivían las ideas relati-

vas á viajes arriesgados y descubrimientos innumerables. Tomar toda el África y tras toda el África toda el Asia, idea era que latía en el alma de D. Enrique, cual en el cuerpo la sangre. Á ella lo sacrificará todo en este mundo. Apuesto, robustísimo, gentil, no conocerá el amor, ni la familia. Como Godofredo de Bouillon en los tiempos teocráticos, vivirá y morirá virgen. Aquel corazón únicamente ama su África portentosa. La incontrastable voluntad suya no dejará más descendencia que sus innumerables descubrimientos, medio factorías, medio colonias. Así la imagen de Ceuta se le aparece todas las noches, porque Ceuta significa para él una brecha por donde tomar el desierto libio y rendir á Marruecos. Después de pasar las noches enteras soñando con Ceuta, pasa los días leyendo las descripciones hechas por los árabes de la ciudad codiciada. Y así no habla sino de ella, no vive sino para ella, procediendo con la ciudad como un enamorado primerizo con el objeto de su amor. Aquella Sierra Bullones que parece una grande aglomeración de nubes por sus formas y por su color un gigantesco zafiro; aquella posición entre los dos mares; el istmo donde se levanta; los senos y ensenadas que la cercan; los palacios que la ornan, tráenle á mal traer, llamándole y requiriéndole á la continua con sus múltiples atractivos. Penetrado por completo de que ha nacido para conquistar el África, para conocer y explorar los mares tenebrosos, para invener el camino á las Indias, cumplirá su finalidad sin oír ningún otro clamor de su conciencia, ningún otro latido en su corazón, reclamo ninguno de su familia, como in-

diferente á todo aquello que no fuera su vocación interior y sus providenciales destinos. Así habíalo dotado Naturaleza con las facultades más contradictorias. Tenía inteligencia de poeta y de matemático á un tiempo como juntaba en su complexión violencia con destreza. En tal estado prescindía de su cuerpo como un asceta. Especie de pensamiento abstracto, ni quería una forma que lo revelase á los demás, ni quería la vida que lo distrajesen con sus contradicciones. Alimentarse y reproducirse parecíale funciones puramente animales. Como no amaba, no comía casi. Cuentan las crónicas que ayunaba la mitad entera del año. Compadecíanse, sin embargo, en él, por modo admirable, las condiciones opuestas del mercader y del cruzado. Lo mismo le daba levantar la tizona en el combate por la cruz que sacar las cuentas de una factoría fundada por su cálculo. El interés se juntaba en su compleja complexión al éxtasis. Despreciaba todo aquello que no servía para el objeto de su vida; mas, en cuanto servían á viajes y exploraciones, estudiaba desde la Medicina y el Álgebra hasta la Teología. Concentrado en sí mismo, salía de su reclusión interior para la organización de fuerzas y para el comercio con las gentes necesarios á poner por obra sus planes. De las meditaciones del filósofo pasaba sin transición al mando y al imperio del general. Así conquistó á Ceuta. Y después de haber conquistado á Ceuta, emprendió, contra la opinión de todos los suyos, la conquista de Tánger. Por cierto que aquí tuvo la desgracia irreparable de su vida y causó la muerte y martirio de aquel su hermano D. Fernando, á quien ha cantado

Calderón en su obra inmortal *El Príncipe constante*, considerada por Schlegel como prototipo acabado y perfecto del drama ortodoxo. Vencido al pie de Tánger, tuvo que prometer Enrique al Sultán de Fez la devolución de Ceuta. Y como prenda pretoria de esta devolución tuvo que dar en rehenes á su hermano D. Fernando. Pero no pudo humanamente devolver á Ceuta. Y D. Fernando, conducido desde Tánger á Fez por una larga calle de amargura en los candentes desiertos; golpeado por los hombres y maldecido por las mujeres y apedreado por los muchachos; de día comido por las moscas y de noche por los mosquitos; azotado al terrible látigo musulmán y asido al hierro de la servidumbre; obligado á barrer las cuadras y cavar los jardines, puesto en el potro que descoyuntaba sus huesos y metido en las cloacas donde sólo respiraba pestilencias y descompuesto antes de muerto; padeció años y años de cautiverio con una pasión, en la cual, para más acercarle á la pasión de Cristo, crucificáronle boca abajo, entre golpes asestados á su cuerpo, hecho todo él una llaga, y denuestos escupidos á su alma, desvanecida y evaporada en los horrores del bárbaro sacrificio. Así resultan las vocaciones de todos aquellos que han de cumplir destinos análogos á los del infante D. Enrique; proceden y obran, crueles é implacables, con una indiferencia semejante á la que ofrece Naturaleza, evaporando impasible las lágrimas y los rocíos, ó comiéndose voraz todos los cadáveres por la muerte segados en sus amplios devoradores senos. Bajo el afán de descubrir, Enrique entregó á la crucifixión su hermano menor don

Fernando; mató á dolores y penas en el desastre de Tánger al hermano mayor, al rey D. Duarte; dejó que se perpetrara con su hermano el Regente un crimen análogo al perpetrado en la inmolación de D. Pedro por los bastardos Trastamaras. Como el asceta consume la llama de su vida en rezos y penitencias; como el astrólogo desgasta su vista contemplando las conjunciones astrales; como el químico se petrifica sobre la retorta donde hierven sus mixturas, por el pecho respiradas de modo que concluyen circulando en venas y fibras; el descubridor aquel aislaba en su Cabo de Sagres el cuerpo, como en el propósito de las exploraciones el alma, y no hacía más que sembrar de tierras con sus planes y sus proyectos el Océano, antes desierto, cual sembrara con su Verbo Dios de soles y mundos los vacíos espacios. Inútilmente morirá su madre, á quien amaba con ternura, y que le había regalado en las ansias precursoras de su beata muerte la espada de cruzado y el relicario de la Cruz; vestiráse de gala cuando el entierro no había concluído aún y celebrará con regocijo sin fin la fiesta de su embarque hacia Ceuta. Inútilmente apresarán los moros de Fez á su hermano D. Fernando, y pedirán por su rescate á Ceuta; dejará que lo martiricen y que lo maten, pero Ceuta no saldrá del poder de Portugal. En vano le habrán vencido en Tánger; volverá de nuevo contra la voluntad expresa del rey don Duarte, quien, menos inspirado y grande, pero más tierno y dulce, morirá de dolor á los golpes del martirio de Fez, resonantes en su piadoso y destrozado corazón de verdadero hermano. Como atisba el ave rapaz la presa y no ve

ningún otro sér ú objeto, Enrique atisbaba desde Cabo Sagres sus tierras, y no veía nada más. El afán de invenir gentes y más gentes ataraceaba entonces todos los ánimos. El mismo infante D. Pedro había ido á Chipre y á Constantinopla, y al Cairo y al Tíber, y al Gólgatha y al Sinaí en una peregrinación de dos años, movido por ese viento de los cielos que despierta inquieta curiosidad y que parece sugestión ingerida en cada cual por el colectivo espíritu de su tiempo. Quitadle á D. Enrique de Avis lo exclusivo de su vocación con lo concentrado de su pensamiento, y no se alzaría en la Historia como el más alto y el primero de los descubridores lusitanos, quienes se ufanan justamente con grandezas como las de Gama y Alburquerque. Así, á este trabajo surgieron para Portugal en el continente conocido de África, Ceuta y Tánger; en el desconocido, Río de Oro y Sierra Leona; entre las costas africanas y las costas europeas archipiélagos como el de las Azores, é islas muy semejantes, por su flora y su fecundidad, á las más hermosas de Asia, como Madera; en los costados de África misma las islas de Cabo Verde; tras todo lo cual había de venir muy pronto el doblar aquel Cabo de las Tormentas, que remataba todo un continente, y el traer á la levadura de nuestra vida y al escenario de nuestra historia las olvidadas regiones orientales con sus collares de perlas para enriquecernos y con sus embriagadoras especias para exaltarnos en la orgía inenarrable de una nueva vida.

Hay muchos historiadores empeñados en que la historia debe responder á intrincados acertijos de una solución

muy difícil. Creyendo la concepción espiritual tan sujeta de suyo á la categoría de tiempo como la concepción material indagan el día y aun la hora en que llegó á concebir Colón su idea del descubrimiento de América. Desde nuestro tiempo, tras todo cuanto ha pasado, cosa fácil esa ilusión de creer al piloto visitado por una idea súbita en cierto instante de los conocidos ahora con dictado de psicológicos y análogos á las revelaciones venidas desde lo alto sobre los espíritus extáticos. Colón de ninguna suerte alcanzó esas confianzas del Hacedor que alcanzaron Elías en el Carmelo y Moisés en el Sinaí. No adquirió lo que supo merced á los eléctricos sacudimientos experimentados por las pitonisas en sus trípodes. Mucho tenía de poeta y aun de vidente, pero sus visiones motivábanse de la experiencia y su idealismo parecíase á una especie de aroma suave muy encerrado en la realidad. Como la metafísica no pudo separarse de la religión, la ciencia no pudo separarse del arte y su poesía en el transcurso de muchas y muy prolongadas centurias. Colón debía resumir en su fe la Edad Media y en su saber la Edad Moderna. Por el sentimiento perteneció á las creencias antiguas; por el estudio pertenece á la razón y á la experiencia científica. Los que imaginan la historia compuesta de milagrosas casualidades creen la ida de Colón al reino portugués obra de un deshecho naufragio, y su acierto en el encuentro de vías nuevas marítimas y en el hallazgo de ignorados territorios obra de la confianza puesta en él por náufragos conducidos casualmente á su hogar. Y equivocáronse de medio á medio, como habrán de por

fuerza equivocarse todos cuantos crean en las inesperadas y súbitas improvisaciones sociales. Antes de Sócrates hay una ciencia socrática, en la cual entran á una, sin quererlo y sin saberlo ellos mismos, los sofistas que habían de combatirlo, como antes de Cristo, un cristianismo natural, en gran parte formado por los mismos sacerdotes sumos que habían de crucificarlo. Un pensamiento, sobre todo, un pensamiento científico, no surge á la callada é inesperadamente como un sol sin aurora en el cielo de la conciencia. Las ideas, antes de nacer, se anuncian al espíritu por medio de albores larguísimos, como después de morir dejan á su vez en el ocaso inextinguibles arreboles. Hay que creer en la idea difusa como creemos en la materia difusa y radiante también. Hay que creer en la condensación de los pensamientos como creemos en la formación de los núcleos solares. Hay que creer en una especie de solidificación de los sistemas abstractos y científicos dentro de lo real, mediante la que van perdiendo grado por grado en sucesivas series luz y calor, pero ganando en solidez como los planetas, habitables únicamente cuando se apagan y enfrían dejando de ser soles. Por el milagro sobrenatural, por la improvisación súbita, por el relampagueo celeste, por la sugestión hipnóstica, por el encuentro casual de una idealidad ignorada, paréceme imposible de todo punto explicar la natividad sublime del pensamiento innovador en Colón. Hay que ver las ideas precedentes á la suya y sus matices; que recordar los hechos capitales generadores del hecho concreto al cual debemos nosotros un mundo nuevo y debe él á su vez una

gloria inmarcesible; que notar cuántos profetas lo predijeron y cuántos bautistas lo prepararon; que advertir cómo se apercebían en derredor suyo por grados y por series todos los adelantos á recibir el grito anunciando la nueva tierra renovadora de la naturaleza, del alma y de la sociedad. Sí, una evolución interminable, un movimiento casi continuo, una lógica interior de los hechos, una serie no interrumpida de ideas, un cúmulo de titánicos esfuerzos, la suma de innumerables preparaciones, algo así como la fuerza interior que va componiendo las capas geológicas del planeta, precedió al día creador en que se halló Colón, el creador mártir, frente á frente de su obra realizada y cumplida. En todo grande móvil humano hay lo consciente y lo inconsciente siempre, como en todo hecho trascendental que inmane y perdura en el mundo, hay las causas eternas y las causas ocasionales. La presencia de Colón en Lisboa se parece á la presencia de los artistas en Roma y de los arqueólogos en Atenas. Matemático, mareante, nauta, piloto, el Mediterráneo debía ser angosto á su ambición generosísima y corrió al Océano. Criado en aquellas ciudades italianas que miraban al Oriente y á lo pasado, él debía venir aquí, donde se miraba por una ley providencial hacia el Occidente y hacia lo porvenir. Esta fué la causa generatriz de su arribo á Lisboa; pero la causa ocasional y determinante fué la estancia de Bartolomé Colón, su hermano, entre los portugueses. Muy sujetas á crítica se hallan todas las fechas biográficas en la historia de Colón antes de que su obra le diera un tan elevado renombre y una tan exten-

dida fama; pero debemos suponer que llegó tres ó cuatro años antes de que pasara desde esta mortal á la otra vida eterna el infante D. Enrique. Tan feliz coincidencia le permitió conocer el cuadrante, ó sea la mejora llevada por nuestros marinos á la brújula; el nuevo método de las aplicaciones del astrolabio á la náutica, merced á las cuales podían los barcos apartarse de las costas y dirigirse á lo infinito en el mar; el atrevido empuje con que habían los descubridores expedidos desde Sagres doblado la punta del promontorio Bojador, que se tenía por término del mundo; la carabela occidental, pequeña, pero tan ágil, que sus latinas velas parecían alas de gaviota y su cuerpo un pez, como un eximio lusitano la describe, de poco calado para que pudiese costear y abordar fácilmente, de mucha resistencia y fuerza para que pudiese darse con facilidad á olas y vientos; artefacto indispensable al sumo trabajo de las exploraciones y de los descubrimientos. Con todo esto no pudo caberle ya duda respecto á la forma esférica del planeta. Y no cabiéndole duda respecto de tal forma, tampoco le cabía respecto de una convicción á ella consustancial: que habría de topar con las tierras de Oriente navegando por Occidente. Y no cabiéndole á este respecto duda de ningún género, tampoco podría tenerla respecto de que ni las Azores, ni las islas de Cabo Verde, ni Guinea, ni descubrimiento ninguno hecho por los portugueses podía ser la postrera extremidad occidental de nuestro globo.

Admirables concepciones y profundamente verdaderas todas las anteriores, no contribuyeron, sin embargo, en